

‘Termitas’ en la Casa Blanca

[Moisés Naím](#)

Mientras el mundo estaba absorto en la elección de su líder más poderoso, las *termitas* que socavan su poder seguían royendo. Por ejemplo, en plena furia de la campaña presidencial de EE UU, el mayor Ejército que la humanidad haya visto jamás –y una fuente importante de poder para el presidente de EE UU– tuvo que ver cómo un anciano ayatolá negociaba en su nombre el control de la ciudad iraquí de Nayaf con un clérigo islámico hasta entonces desconocido, Múqtada al Sáder.

Un protagonista destacado de la campaña presidencial (desde luego, más influyente que Ralph Nader a la hora de darle contenido) fue Osama Bin Laden, otra *termita*. A principios de 2003, cuando EE UU se disponía a atacar a Sadam Husein para evitar que utilizara armas de destrucción masiva o las pusiera al alcance de terroristas, otro hombre mucho menos conocido se dedicaba a ganar dinero con una red mundial de venta de tecnología de fabricación de bombas nucleares a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar el precio. Ahora sabemos que Libia, Corea del Norte e Irán han sido clientes en alguna ocasión del ingeniero paquistaní Abdul Qadir Khan. También sabemos que sus lucrativas actividades son un peligro mucho más grave para la seguridad del mundo que el que representaba el Irak de Husein.



Osama Bin Laden: una de las termitas de mayor peso.

Las *termitas nucleares* no son las únicas que causan estragos. Los deseos de los 8.000 colonos israelíes en la Franja de Gaza son casi tan importantes como los del presidente de EE UU para cualquier futuro plan

de paz en Oriente Medio. Lo mismo ocurre con los caudillos traficantes de opio que mandan en el Afganistán actual. Puede que la Casa Blanca tenga mucha importancia en ese país, pero las *termitas* también.

Como la tienen los rebeldes, terroristas, milicias, *yihadistas*, contrabandistas, ejércitos incontrolados, redes criminales internacionales y piratas informáticos que parecen surgir en todas partes y que están poniendo a prueba el temple de la superpotencia. En esta taxonomía de *termitas* figuran algunos especímenes que son simplemente irritantes. Pero también hay otros capaces de tirar abajo los rascacielos más altos. Ninguna termita tiene tanto poder como el hombre al que los estadounidenses eligen como presidente. Pero su tamaño no debe engañarnos respecto a su influencia. En grupo, pueden devorar la agenda del presidente y afectar a las vidas de la gente en la misma medida (o más) que él.

Por supuesto, estas *termitas* se veían venir desde hace tiempo.

En *Sovereignty at Bay*, un popular libro de 1971, el catedrático de Harvard Raymond Vernon afirmaba que el rápido crecimiento de las multinacionales iba a dejar obsoleto el concepto de soberanía nacional. En los años 90, otros autores desarrollaron esta idea y dijeron que, además de las empresas, había otros actores no estatales que estaban adquiriendo poder y desafiando a los Estados-nación. En 1997, Jessica T. Mathews, presidenta del Carnegie Endowment for International Peace, escribió en *Foreign Affairs*: "La concentración constante de poder en manos de los Estados, iniciada en 1648 con la Paz de Westfalia, se ha terminado". En su best-seller de 1999, *The Lexus and the Olive Tree*, el columnista de *The New York Times* Thomas L. Friedman hablaba de los hombres airados e "investidos de superpoder" debido a los cambios provocados por la globalización. Por desgracia, estos textos tan proféticos no prepararon a los inquilinos del 1600 de Pennsylvania Avenue para el estallido de violencia provocado por actores ajenos al Estado. Ahora bien, la culpa de esta asombrosa ignorancia no es sólo de los presidentes de EE UU. Para ser sinceros, los expertos que observaron la influencia creciente de los actores no estatales en los 90 consideraron que era un factor bastante benigno.



Rebelde: El clérigo chií Múqtada al Sáder.

Era la época de la sociedad civil. Las ONGs, dotadas de poder por la democracia, la prensa libre, los viajes más baratos e Internet, proyectaban su influencia y sus valores civilizadores en todo el mundo. La prohibición de las minas antipersona, la lucha contra la degradación ambiental y la defensa de los derechos humanos eran misiones de las que podían hacerse cargo los ciudadanos corrientes, movilizadas a escala mundial. No se prestaba tanta atención al hecho de que los cambios políticos y tecnológicos que daban poder a las ONGs también se lo daban a los terroristas.

Hay que reconocer que algunas comisiones de expertos advirtieron sobre la amenaza que representaban los terroristas capaces de moverse por el escenario internacional, pero las autoridades oficiales se apresuraron a descartar sus recomendaciones. En los estruendosos, globalizadores, democratizadores y prósperos años 90 era más fácil centrarse en la expansión beneficiosa de una sociedad civil mundial, decidida a difundir valores positivos, que en la expansión, también muy rápida, de las redes terroristas. El clima intelectual de los 90 no favorecía pensar demasiado en las oscuras amenazas de la globalización. Las brillantes posibilidades de la época cegaron a muchos expertos al respecto de los peligros de un mundo en el que las redes de ciudadanos adquirieron una capacidad sin precedentes de crear el caos. Era tal la distracción que, mientras los autores del 11-S aprendían a volar y compraban cuchillas, el aparato de defensa de EE UU se consumía en el debate sobre las ventajas de una inversión de miles de millones de dólares y varios años en un sistema nacional de defensa contra misiles balísticos que sólo

otros países podían lanzar. Eso, en una nación en la que 60 millones de personas embarcan en más de 675.000 vuelos cada año, 116 millones de vehículos cruzan las fronteras terrestres y llegan a los puertos más de 90.000 buques mercantes con más de 9 millones de contenedores de carga. En medio de un tráfico tan intenso tiene que haber *termitas*, y el escudo antimisiles no sirve de nada.



Colonos judíos: sus deseos cuentan en la Casa Blanca.

La Comisión del 11-S llegó a la conclusión recientemente de que parte del problema era "un fallo de imaginación". Las autoridades estadounidenses no fueron capaces de prever que los terroristas podían convertir unos aviones de pasajeros en misiles. Ahora todo el mundo tiene claro que se produjo dicho fallo. Sin embargo, lo que no está tan claro es por qué no se conciben formas más eficaces de acabar con las *termitas* que están erosionando los cimientos del mundo occidental. Ningún problema se resuelve si antes no se reconoce su existencia. Reconocer que la Casa Blanca tiene un problema de *termitas* sería un gran paso para comenzar la búsqueda de soluciones.

Las 'termitas' de la Casa Blanca.

Moisés Naím

Mientras el mundo estaba absorto en la elección de su líder más poderoso, las *termitas* que socavan su poder seguían royendo. Por ejemplo, en plena furia de la campaña presidencial de EE

UU, el mayor Ejército que la humanidad haya visto jamás –y una fuente importante de poder para el presidente de EE UU– tuvo que ver cómo un anciano ayatolá negociaba en su nombre el control de la ciudad iraquí de Nayaf con un clérigo islámico hasta entonces desconocido, Múqtada al Sáder.

Un protagonista destacado de la campaña presidencial (desde luego, más influyente que Ralph Nader a la hora de darle contenido) fue Osama Bin Laden, otra *termita*. A principios de 2003, cuando EE UU se disponía a atacar a Sadam Husein para evitar que utilizara armas de destrucción masiva o las pusiera al alcance de terroristas, otro hombre mucho menos conocido se dedicaba a ganar dinero con una red mundial de venta de tecnología de fabricación de bombas nucleares a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar el precio. Ahora sabemos que Libia, Corea del Norte e Irán han sido clientes en alguna ocasión del ingeniero paquistaní Abdul Qadir Khan. También sabemos que sus lucrativas actividades son un peligro mucho más grave para la seguridad del mundo que el que representaba el Irak de Husein.



Osama Bin Laden: una de las termitas de mayor peso.

Las *termitas nucleares* no son las únicas que causan estragos. Los deseos de los 8.000 colonos israelíes en la Franja de Gaza son casi tan importantes como los del presidente de EE UU para cualquier futuro plan de paz en Oriente Medio. Lo mismo ocurre con los caudillos traficantes de opio que mandan en el Afganistán actual. Puede que la Casa Blanca tenga mucha importancia en ese país, pero las *termitas* también. Como la tienen los rebeldes, terroristas, milicias, *yihadistas*, contrabandistas, ejércitos incontrolados, redes criminales internacionales y piratas informáticos que parecen surgir en todas partes y que están poniendo a prueba el temple de la superpotencia. En esta taxonomía de *termitas* figuran algunos especímenes que son simplemente irritantes. Pero también

hay otros capaces de tirar abajo los rascacielos más altos. Ninguna termita tiene tanto poder como el hombre al que los estadounidenses eligen como presidente. Pero su tamaño no debe engañarnos respecto a su influencia. En grupo, pueden devorar la agenda del presidente y afectar a las vidas de la gente en la misma medida (o más) que él.

Por supuesto, estas *termitas* se veían venir desde hace tiempo. En *Sovereignty at Bay*, un popular libro de 1971, el catedrático de Harvard Raymond Vernon afirmaba que el rápido crecimiento de las multinacionales iba a dejar obsoleto el concepto de soberanía nacional. En los años 90, otros autores desarrollaron esta idea y dijeron que, además de las empresas, había otros actores no estatales que estaban adquiriendo poder y desafiando a los Estados-nación. En 1997, Jessica T. Mathews, presidenta del Carnegie Endowment for International Peace, escribió en *Foreign Affairs*: "La concentración constante de poder en manos de los Estados, iniciada en 1648 con la Paz de Westfalia, se ha terminado". En su best-seller de 1999, *The Lexus and the Olive Tree*, el columnista de *The New York Times* Thomas L. Friedman hablaba de los hombres airados e "investidos de superpoder" debido a los cambios provocados por la globalización. Por desgracia, estos textos tan proféticos no prepararon a los inquilinos del 1600 de Pennsylvania Avenue para el estallido de violencia provocado por actores ajenos al Estado. Ahora bien, la culpa de esta asombrosa ignorancia no es sólo de los presidentes de EE UU. Para ser sinceros, los expertos que observaron la influencia creciente de los actores no estatales en los 90 consideraron que era un factor bastante benigno.



Rebelde: El clérigo chií Múqtada al Sáder.

Era la época de la sociedad civil. Las ONGs, dotadas de poder por la

democracia, la prensa libre, los viajes más baratos e Internet, proyectaban su influencia y sus valores civilizadores en todo el mundo. La prohibición de las minas antipersona, la lucha contra la degradación ambiental y la defensa de los derechos humanos eran misiones de las que podían hacerse cargo los ciudadanos corrientes, movilizadas a escala mundial. No se prestaba tanta atención al hecho de que los cambios políticos y tecnológicos que daban poder a las ONGs también se lo daban a los terroristas.

Hay que reconocer que algunas comisiones de expertos advirtieron sobre la amenaza que representaban los terroristas capaces de moverse por el escenario internacional, pero las autoridades oficiales se apresuraron a descartar sus recomendaciones. En los estruendosos, globalizadores, democratizadores y prósperos años 90 era más fácil centrarse en la expansión beneficiosa de una sociedad civil mundial, decidida a difundir valores positivos, que en la expansión, también muy rápida, de las redes terroristas. El clima intelectual de los 90 no favorecía pensar demasiado en las oscuras amenazas de la globalización. Las brillantes posibilidades de la época cegaron a muchos expertos al respecto de los peligros de un mundo en el que las redes de ciudadanos adquirieron una capacidad sin precedentes de crear el caos. Era tal la distracción que, mientras los autores del 11-S aprendían a volar y compraban cuchillas, el aparato de defensa de EE UU se consumía en el debate sobre las ventajas de una inversión de miles de millones de dólares y varios años en un sistema nacional de defensa contra misiles balísticos que sólo otros países podían lanzar. Eso, en una nación en la que 60 millones de personas embarcan en más de 675.000 vuelos cada año, 116 millones de vehículos cruzan las fronteras terrestres y llegan a los puertos más de 90.000 buques mercantes con más de 9 millones de contenedores de carga. En medio de un tráfico tan intenso tiene que haber *termitas*, y el escudo antimisiles no sirve de nada.

**Colonos judíos:**

sus
deseos cuentan
en la Casa
Blanca.

La Comisión del 11-S llegó a la conclusión recientemente de que parte del problema era "un fallo de imaginación". Las autoridades estadounidenses no fueron capaces de prever que los terroristas podían convertir unos aviones de pasajeros en misiles. Ahora todo el mundo tiene claro que se produjo dicho fallo. Sin embargo, lo que no está tan claro es por qué no se conciben formas más eficaces de acabar con las *termitas* que están erosionando los cimientos del mundo occidental. Ningún problema se resuelve si antes no se reconoce su existencia. Reconocer que la Casa Blanca tiene un problema de *termitas* sería un gran paso para comenzar la búsqueda de soluciones.

Fecha de creación

18 octubre, 2007